recibe su debida atención como forma única de compartir el poder político. La sola observación que puede hacer el autor de esta reseña tiene que ver con el asunto de la administración de Betancur frente a las actividades guerrilleras. Sheahan está de acuerdo con los observadores que han juzgado la propuesta de paz de Betancur como un éxito parcial. Esta noción se deriva de la existencia de una tregua entre el gobierno y las FARC —guerrillas de orientación soviética— al final de la presidencia de Betancur. Aun bajo los términos reales de la tregua, las FARC no sólo continuaron en armas, sino que expandieron su control en las zonas rurales. En efecto, esta organización usó el cese al fuego para fortalecer sus fuerzas, expandir su influencia en regiones donde antes no había entrado y aumentar su poder económico. Fue particularmente trastornante el hecho de emplear tácticas asesinas para sacar del camino a otros grupos políticos y establecer su propia ley, así como usar el secuestro y la extorsión con el fin de conseguir fondos. Como fue notado por el corresponsal del *New York Times*, Juan de Onís, en agosto de 1986, sus tácticas los convirtieron en criminales comunes. El patrocinio de estas prácticas por parte de las FARC confluyó con la aparición de organizaciones paramilitares —financiadas por el sector privado— y organizadas por aquellos que se sentían amenazados por los frentes armados. La simple estadística muestra que, al final, Betancur le dejó a Barco un país sacudido por la violencia, con más grupos guerrilleros, paramilitares, y más violencia de todo tipo que cuatro años atrás, difícilmente un éxito, aunque sea parcial.

III. En el caso de Cuba, el profesor Sheahan se inclina a ser objetivo en su registro del fenómeno cubano. Pero en su respeto por los hechos, no puede menos que concluir con la tímida declaración de que la isla del Caribe no es el "ideal de una sociedad socialista libre y productiva". La gran emigración de Cuba es sintomática de la insatisfacción de las masas, anota nuestro autor. El gobierno cubano es seguramente mucho más represivo de lo que le concede de manera benevolente el autor del libro; en efecto, la única área en la que se puede reclamar éxito, aquella del mejoramiento de la pobreza anterior a 1959, debe mirarse dentro del contexto de la gran ayuda que el régimen cubano ha recibido de parte de la Unión Soviética durante décadas. Los hechos porfiados que Sheahan trae a colación hablan por sí mismos: la aventura cubana ha dejado de ser un paradigma razonable para aquellos interesados en el crecimiento económico, la eliminación de la pobreza y la dirección política autónoma en América Latina.

La última parte del libro está consagrada a la valoración que hace Sheahan del futuro del desarrollo económico, los posibles programas y el papel de Estados Unidos. Aquí como en otras partes del libro, el lector se sorprende con la manera cuidadosa de balancear hechos y opciones, así como con su optimismo. En un caso particular, el autor de esta reseña estuvo de acuerdo con la opinión expresada por Sheahan sobre un papel positivo de Estados Unidos en el futuro desarrollo económico de Latinoamérica. La obra completa representa una realización refrescante, equilibrada e imparcial de economía política. Es un valioso intento de alcanzar un término medio que pueda ser aprovechado tanto por los especialistas en Latinoamérica en general, como por los especialistas en desarrollo económico en particular.

Fernando Vallejo

Los caminos a Roma

Bogotá, Planeta Colombiana, 1988

David William Foster
Universidad Estatal de Arizona

Vallejo (1942) es uno de los jóvenes escritores colombianos que más ha sabido meter el dedo en la llaga de la cultura social de su país. Como parte de la serie espiritualmente autobiográfica, *El río del tiempo, Los caminos a Roma* es una indagación intransigentemente irónica sobre la condición de ser colombiano y del fatigoso proceso de ser consciente de uno mismo contra el trasfondo de la dinámica de

dicha condición. Ser colombiano es ser heredero de una constelación de mitos sobre la cultura y, más que nada, ver escrito en su propio cuerpo un denso discurso de moral privada y pública que circunscribe al individuo en todo momento en el afán de perseguir su propia identidad.

En *Los caminos a Roma* el yo narrador describe la odisea de un colombiano, de un país sin tradición cinematográfica, que emprende la aventura de estudiar, con una beca del gobierno italiano, cine experimental en Roma. Recordando que viene de una familia cuya matriarca renunciaba ver películas porque tenía que rezar el rosario (alegando que no tenía por qué ver a la gente en posiciones escandalosas), el protagonista describe la realización del sueño de todo latinoamericano que se precia de intelectual, de formarse en una de las cunas de la cultura europea. Pero la narración se tensa entre los pormenores del descubrimiento de la antigua ciudad y de sus delicias, ora de trascendente cultura, ora de desprejuiciado regocijo erótico, y un proceso de recapitulación irónica de una modesta cultura personal que en definitiva no puede ser sobrellevada. Al darse cuenta de que está irremediablemente condenado no sólo a ser colombiano sino a ser antioqueño, el narrador abandona Roma (y la vuelta se convierte en leitmotiv de la novela) para volver a su país. Así que Roma es un doble movimiento: como sede de la moral que Colombia afirma tan represivamente, el narrador se da cuenta de que no puede representar una trascendencia de los horizontes tan circunscritos de su ser. Al mismo tiempo, al erigirse en una cultura europea sofisticada, metonimizada en el motivo del cine, recoge también para él toda la imposibilidad de que un latinoamericano la incorpore como suya ni que se integre en ella como trascendencia de su formación: el ir a Roma se reduce, en última instancia, en simplemente otro de los muchos caminos errados de la vida del narrador (28).

Sin embargo, en el proceso de auscultar este errar de camino y sus consecuencias, el narrador atraviesa una desfamiliarización de su tierra natal mediante la cual las coordenadas de la cultura colombiana son revalorizadas (en realidad, irónicamente devaluadas) en el cotejo con el modelo europeo que siempre se ha creído puede ser una inspiración para el pobre provinciano latinoamericano. De ahí que gran parte de la novela sea lo que el narrador ve o decide ver y cómo lo interpreta según los discursos culturales que ya tiene interiorizados.

Uno de los detalles recurrentes en la novela, que se menciona como quien pela papas, es la homosexualidad del protagonista. Vallejo ya tiene a su haber un texto donde el tema se analiza a fondo contra el tapiz de la moral colombiana tal como él la interpreta. *El fuego secreto* (1987), y la naturalización de esta urgencia personal en *Los caminos a Roma* (cuna de la moral católica represiva, al mismo tiempo que se trata de uno de los muchos centros europeos que ha sabido sobrellevar la histeria homofóbica que hereda y recrudece América en sus dos extensiones continentales) deviene un detalle fundamental en el vaivén de identidad-incorporación-trascendencia-reinscripción que es el proceso ideológico personal en el que descansa esta narración.

Aunque de tono menor —la novela nunca aborda a fondo ninguna de las muchas posibles locuras de aventura personal que plantea— *Los caminos a Roma* reafirma el potencial que tiene Vallejo de llegar a ser un novelista colombiano profundamente contestatario, posición hasta el momento sólo ocupada por Gustavo Alvarez Gardeazábal.